

Me alcé demasiado tarde.

El cielo era tinieblas cuando la tapa de mi sarcófago cayó sobre las losas del panteón, el aire un miasma helado. Bajo las ciegas bóvedas de ladrillo negro volví, eones después, al fin a caminar, y el eterno silencio de mi mundo muerto me recibió, mientras el fatuo fuego, las exiguas ascuas que quedaban, se encendían otra vez en mi interior. Mi arma había sido sepultada junto a mí: negra y brillante, la tomé, y salí cojeando al exterior, a la bóveda de las estrellas.

Pero sobre el quedo cementerio no hay estrellas, y la noche es infinita, y nadie me estaba esperando. No entendí cómo nadie salía a recibir al Campeón, pero las mudas lápidas que trepaban las resquebradas colinas, hartas de muertos, no me respondieron. La fuerza volvía a mis piernas, y eché a caminar entre hileras hacia el ignoto portón. No vi enterradores ni sacerdotes, y las puertas del camposanto yacen rotas en el suelo.

Horadando la oscuridad, adiviné el serpenteante camino que lleva hacia la capilla, de ciegas ventanas y piedra gris, que se alza al final de las estribaciones, escrutando las grietas que parten la tierra, el hogar de las guardianas del cementerio. Con pasos quebrados aventuré los escalones. Y distinguí entonces la hilera de cirios que debían marcar mi camino hacia las hogueras.

Los cirios no arden, y la oscuridad es absoluta.

En la cima del camino que dispusieron los gigantes vi al fin la capilla, aquella capilla que levantaron antes de la memoria los silenciosos sirvientes de los Lores Gusanos, y en la que las morticieras dispusieron para mí las mortajas y los óbolos, de camino a mi descanso en las entrañas de los montes de ceniza.

A fin de que me volviese a alzar algún día, antes del final, antes de que los soles se hundiesen tras los muros por última vez. A fin de que el Campeón pudiese perseguir las llamas más allá del Borde y obligar al mundo a perdurar un cansado tiempo más. A fin de contener, unos suspiros más, la Oscuridad.

Pero me alcé demasiado tarde.

Las guardianas no están, y no hay llamas en torno a la plazoleta de la capilla, y el altar es ceniza, y todo es noche y todas las voces son el viento que aúlla en las vidrieras partidas que miran hacia la Montaña.

A las luces de los soles había solido detenerme junto a los rosetones, en eras ha, antes de que las amables guardianas me enviaran al sepulcro, y había visto las nubes del Iris pasar siguiendo los vientos de Terramar más allá de las Grietas, y había visto a las nubes escalar las laderas de la Montaña, cantando en luz y color a los hombres dragones que moraban en sus vestisqueros.

Y ahora en los vanos por donde el viento malsano aúlla hay sólo Oscuridad.

Las campanas no tañeron, las llamas se apagaron, y yo, Campeón, me he alzado tarde y yo soy toda la llama que queda en el mundo, y no hay nadie salvo yo.

Lloré lágrimas secas.

En los ignotos pasillos de la capilla que vuelven sobre sí mismos en incesantes revueltas no había polvo sobre la lisa piedra, y penetré en las cámaras santas buscando vestigios de almas. Tiempo ha las silentes guardianas me vedaron la entrada a los recintos sagrados, pues el Campeón no debía entrar allá donde cosían su sudario y tallaban su ataúd de oscura obsidiana; mas en la era tras la luz, no hay nada que guardar.

Los sacrosantos cuartos me recibieron, agujeros en la noche oscura. Hallé los cálices rituales sobre una balda desvencijada, en estanterías los abarrotados códices de enterramiento; y, vencidas en el suelo, sus páginas desesperadamente arrancadas, las leyendas sobre el fin de la luz.

Trepé a lo alto del triple campanario, deseando vislumbrar las luces de los reinos, pero el mar de oscuridad era absoluto, y no vi nada hacia donde deberían erguirse las Torres ni vi los soles espejarse sobre los Ríos Antiguos ni pude ver las calles de fuego de las ciudades eléctricas de los Nuevos Llegados.

En las criptas de la capilla yacen, marmóreas, las tumbas de las guardianas cuyos huesos reposan al fin. Encontré las sepulturas de las guardianas que a mí me habían guiado y embalsamado, eras ha: reconocí sus nombres en las líneas de las tapas, y recordé sus caras ciegas, hogareñas, nimbadas por la gris luz de mi era y la nieve de ceniza. Sobre ellas dejé posada mi arma en última memoria, pálida disculpa del Campeón que no llegó.

Inconcebiblemente después, siguiendo los años en los ataúdes, llegué al opresivo final de la cripta. Hacia el final las tumbas son de basta piedra, pues nadie pudo traer el mármol de las lejanas canteras; las últimas son de madera quebrada, hurtada a las mesas, arcones y baldas de la capilla; y la última tumba, donde yace el cadáver marchito de la última guardiana del cementerio, quien partió de este mundo en tinieblas sabiendo que no volvería a haber luz, es una pila de ceniza del cementerio, el blando descanso de sus huesos demasiado viejos, donde se tendió para morir.

Sabiendo que el Campeón había faltado a su hora.

Hubo una vez un alegre riacho que corría a la vera de la colina sobre la que se yergue la capilla. A tientas lo encontré entre las tinieblas: hundí los pies en la ceniza de su lecho, y permanecí allí un tiempo que no pude medir.

Tomé uno de los cirios y le soplé parte de mi llama: un vacilante charco de luz inundó el camino por vez primera en años, pero nada corrió a ocultarse del resplandor.

Bajé por los escalones por los que en tiempos subían aquellos solicitando los servicios de la capilla, construidos por los seres de la mina como pago a la preservación del Fuego que alumbraba sus sombríos corredores. Bajé hacia las naciones del llano, y encontré la misma muerte silente del mundo agotado. A la vera del camino hay antiguos altares a los dioses creadores que llevaban ya eternidades muertos cuando yo nací por primera vez. La corona de muchas puntas del Rey de las Estrellas yace en tierra, partida

por la mitad: y fue entonces cuando pude estar seguro de que caminase al norte, al sur, al este o al oeste, trepase a las Aldeas de las Nubes o bajase a las bóvedas de magma de las salamandras, no encontraría un alma viva, y que al fin el mundo había expirado y los últimos dioses, nietos de los nietos de los nietos de los creadores, habían muerto solos en los vastos salones de su palacio sobre la isla del Gran Río.

Quedan cascarones de árboles bordeando las avenidas que retrepan las colinas del cementerio. Recuerdo el impiadoso brillo de sus hojas azules cuando el viento perfumado, venido desde Tierra Ulterior, las agitaba bajo los soles de la quinta estación. Hacía frío entonces, un frío que penetraba hondo en mi armadura de ónice. Los viejos reyes de las grandes dinastías y las vetustas hechiceras de las Magnas Bibliotecas, que habían pervivido las épocas, me aseveraron que en tiempos antiguos la luz de los soles era cálida y fuerte, y que las estaciones frías no se aventuraban más al sur de los Grandes Arcos. Pero ese frío marchito es poco, al lado de este frío oscuro del mundo sin llama. Yo soy llama ahora, una llama vacilante que arde sobre ascuas apagadas, y tengo frío.

Hay un gran árbol en una antigua rotonda, en el centro de un claustro oscuro, en un ala olvidada de la capilla. Antaño me entrenaba con mi arma en los jardines del claustro, a la venerable sombra del árbol: nadie usaba ya aquella ala, pues la orden de las guardianas moría con el mundo, y podía practicar mis artes en el silencio. Allí, en la carmesí copa del árbol, me había venido un heraldo de los moradores del Sol Oscuro, allende las estrellas: y, aunque guardianas, reyes, dioses, hechiceras, diáconos y comunes me otorgaron su fe creyendo que tendría éxito en mi empresa, el heraldo del sol oscuro fue el único que se lamentó de lo que juzgaba mi inevitable derrota: pues, según me dijo, mi mundo estaba agotado, y aquellos que debían mantener el Fuego vivo hasta mi retorno no serían capaces de retardar lo suficiente su final.

Los vi en una ocasión, a los seres sin cara ni nombre, nacidos de la ceniza, que habían de arder para mantener la llama viva. Los verdaderos héroes, los vi pasar en hilera al cementerio, donde se tendían en las tumbas sin nombre y los dormían de vuelta a la ceniza, esperando. Uno a uno, las campanas los llamarían de vuelta sin cesar, dándome tiempo para retornar; y había tenido fe en ellos, y fe en mi tarea. Pero el heraldo estaba en lo cierto, y no hubo suficientes de aquellos de ceniza para permitirme alzarme a tiempo.

Retomé las intrincadas espirales de la capilla y emprendí el sinnúmero de libros de la capilla. Agoté sus quebradizas páginas a la luz de las velas reanimadas, mas no encontré ninguna forma de devolver la llama al mundo: las desvaídas palabras me dijeron, leyendo entre cansadas líneas, que nadie se había atrevido a ponderar esa posibilidad. El miedo anidaba en los corazones de los ignotos autores, pero fue devorado poco a poco por la resignación: no hay nada que hacer si la llama se va.

Pensé en los afamados árboles vivientes, que eran capaces de perdurar milenios: pero todos los árboles están marchitos en el viento helado. Pensé en el pueblo de los filamentos de piedra, nacidos de las montañas del Valle Perdido, que eran virtualmente

inmortales: pero precisaban de la tierra madre para vivir, y la tierra está muerta. Pensé en las hadas fantasma de los Bosques Silvanos, a las que ningún arma salvo la mía podía herir: pero hasta las almas de los seres se disgregan con el tiempo suficiente, y ellas no eran excepción. Pensé en los moradores del Sol Oscuro: pero el Sol Oscuro está más allá de las estrellas y nadie, salvo sus heraldos de alas que pueden surcar la noche estelar, pudo jamás recorrer el camino a él. Pensé en las ilusiones que tejía la última hija del Rey de las Estrellas, capaces de contener el avance de la degeneración mientras la luz perdurase: pero su estatua en la capilla había llorado lágrimas de sangre, al igual que todas las estatuas de los dioses, indicando que ella también, al fin, había partido de este mundo.

No. Yo soy el Campeón, la última esperanza, y estoy solo en el mundo.

Pensé en encender una antorcha y bajar en busca de los legendarios archivos reales de la Reina de Acero, que reinó durante diez mil años sobre un próspero imperio entre dos mares, pues tal vez allí hallaría sabiduría ignota hasta para las guardianas de la capilla: pero jamás habría sabido llegar en esta era oscura, palpando el camino en su busca, y también mi tiempo se agota.

Añoré entonces mi tierra natal, aquellos prados de montaña en los montes al oeste del Mar Medio: pero, aunque habría sabido recorrer ese camino de memoria, guiado por la nostalgia, me detuvo el pensar que no reconocería mi morada familiar en aquella era oscura, que ya habría sido devorada por la marea del tiempo, y que, aunque no fuese así, no querría reconocerla. No. La capilla es mi hogar ahora, y cuando llegue mi hora y la llama que late en mi pecho se consuma, haré sonar una última vez al campanario entero, y entonces bajaré a las criptas, me tenderé con una gema púrpura en el pecho junto a las tumbas de las guardianas que otrora me guiaron, y cerraré los ojos.

En estos salones oscuros sin tiempo me demoraré, cansado perseguidor de una llama apagada. Me sentaré en las gradas donde se reunían en sus misiones los héroes del fuego, y con la mirada perdida en las bóvedas de las que las telarañas han caído, rememoraré aquello que se ha ido, aquello que vi en la vejez del mundo.

En estos pasillos oscuros sin tiempo vagaré, ardiendo despacio, recordando el amor, el odio, la fe, la pasión, la amistad, la venganza, el miedo, la paz. Hay sillas carcomidas que se quebrarán bajo mi peso: me sentaré en ellas y escucharé al tiempo, ese implacable conquistador, caminar conmigo por los pasillos.

En esta capilla oscura sin tiempo rezaré a los Lores Gusanos, que murieron poco después de devorar a los muertos, y orlaré mis plegarias en un rosario que no consagrare a dios alguno.

En este mundo oscuro sin tiempo me demoraré, Campeón sin gesta, y veré pasar las horas desde el risco de la capilla, que se eleva sobre la oscuridad circundante.

Me demoraré, acariciando la fría piedra, esperando sin esperar, y al término de mi demora bajaré a la cripta, extinguiré la última llama, y me dejaré llevar por la eternidad del silencio junto a aquellas que amé.

Suenan mis pasos en la escalera de la cripta, en un eco que muere despacio; y, mientras me tumbo a los pies de los sarcófagos, tengo un pensamiento.

El suave viento que entra por los ventanales; los perfectos relieves de la capilla; la triste belleza de las colinas torcidas del cementerio; la gloria de la corona partida que yace en el suelo. Debo ser sincero. Aun muerto, aun hundido en la oscuridad, el mundo es hermoso, y agradezco haberlo vivido una última vez.